

EL TEMA DE LA CULTURA HISPANOAMERICANA

RODOLFO URBINA BURGOS

Desde los albores de la Emancipación política de los pueblos hispanoamericanos, se ha venido intentando encontrar para ésta parte de América, el lugar que le corresponde en el concierto de las naciones de Occidente. Pero ésta preocupación ha debido llevar aparejadas la tarea, nunca acabada, de trazar el perfil cultural del conjunto de los pueblos hispanos del continente.

La constante búsqueda del rostro de Hispanoamérica no ha sido tarea fácil. Hay períodos en que se ha llegado a extraviar el camino, al aparecer, con demasiada frecuencia, tendencias a adoptar artificiales envolturas como el uropeísmo y el indigenismo, que no han hecho otra cosa que contribuir a la ocultación del ser de nuestros pueblos. En otros casos, al admitirse que América Hispanohablante todavía no tiene rostro, pero que lo tendrá, surgen las más antojadizas interpretaciones que caen dentro de lo puramente hipotético o conjetural, marcadas de idealismo y utopía, apuntando a como se desearía que sea, más que a lo que ha sido y es Hispanoamérica.

Con todo, a pesar de la complicada maraña de posturas, con valoraciones y definiciones tan opuestas unas de otras, que más parecen referirse a realidades distintas, es posible advertir ciertas tendencias interpretativas.

Es posible distinguir tres etapas en la interpretación de la cultura hispanoamericana, pero sabemos que hablar de etapas sólo es posible a costa de una sistematización de las múltiples y complejas actitudes que, bajo formas de tendencias, han expresado los pensadores hispanoamericanos

a través de la Historia. Y una sistematización en éste campo acarrea el peligro de estar forzando la realidad a estrecharse detrás de conceptos, perdiendo la riqueza de los matices. Sabemos también que tanto antes como ahora, la cultura hispanoamericana ha originado muy antagónicas posiciones sobre su contenido -las divergencias muestran el drama de los pueblos jóvenes cuando carecen de fe en si mismos- por lo que todo intento de definición ha resultado siempre insatisfactorio, quedando la sensación de haber sido una sucesión de esfuerzos infructuosos.

La empresa de definir la cultura de la América Hispana ha tropezado con la infranqueable dificultad de sintetizar una realidad cultural que contiene múltiples y variadas expresiones, tanto que muchos han llegado a afirmar que precisamente la heterogeneidad indefine a América, que es una cultura cuyos numerosos aportes no están aún decantados, que es un mundo que va de camino hacia una amalgación étnico-cultural, por lo tanto, que es una cultura que todavía está en la etapa formativa, como bocetos de un cuadro que está por pintarse.

Pero, una cosa es tratar de definir lo hispanoamericano -lo que no haremos aquí- y otra es ver cuales han sido históricamente las actitudes que los pensadores de ésta América han tenido frente a su propia cultura a lo largo de los siglos XIX y XX, período que, a nuestro juicio, representa la etapa juvenil que, en un proceso lento pero sostenido está llevando a los pueblos hispanoamericanos a la madurez histórica, a adquirir una fisonomía que les permitirá desempeñar un rol más decisivo en el contexto mundial.

1. El siglo XIX es testigo de una tendencia euro-peísta o européismo cultural, que algunos han preferido llamar "exotismo cultural" o de apertura a las influencias provenientes del Viejo Mundo. Es la época de los intentos

por buscar en los llamados pueblos modernos un esquema a seguir para las nuevas repúblicas.

2. La primera mitad del siglo XX muestra una valoración de lo criollo, cuya tendencia se denomina "criollismo" o autoctonismo en el sentido de la herencia hispana, como reacción a lo que se comienza a denominar colonialismo cultural extranjero.

3. La segunda mitad de éste siglo, en cambio, muestra una mayor conciencia de lo mestizo o existencia mestiza en sentido amplio o americanismo, como forma de expresión propiamente americana, a la vez que una creciente preocupación por las expresiones culturales nacionales.

Todavía no se han emprendido estudios que analicen las diversas publicaciones sobre el tema para caracterizar las distintas etapas y ver en qué momentos se dan virajes culturales, ideológicos o políticos, como lo sugiere Chevallier(1).

1. Tendencia europeísta

El siglo XIX representa la etapa en que las nuevas repúblicas se estaban abriendo al exterior y buscaban en Europa, particularmente en Francia e Inglaterra, luego también en Estados Unidos, modelos a alcanzar. Pero la herencia cultural de raigambre hispana de las jóvenes naciones hacía difícil la conciliación con los principios que regían las culturas modernas y progresistas, dificultad que no era cabalmente comprendida entonces, cuando era general el convencimiento de que la adopción de formas e instituciones de los pueblos más avanzados podía producir idénticos resultados en los pueblos nuevos.

La actitud decimonónica estaba fuertemente ligada al afrancesamiento que caracterizó la Ilustración de fines del siglo anterior, unida a una disposición mental procli-

ve a lo europeo, herencia quizá, del europocentrismo con que América nace a la Historia.

El todavía reducido número de intelectuales hispanoamericanos, al plantearse sobre el derrotero a seguir para sus naciones, se escinden en dos grupos: los críticos o innovadores, que postulan el rompimiento con el pasado, exaltando especialmente lo francés y rechazando la herencia hispana, para alcanzar de éste modo, la Modernidad y situarse "a la vanguardia del progreso"; y los tradicionalistas, genéricamente conservadores, que trataban de alcanzar, también, el futuro moderno, pero sin abandonar el pasado heredado.

La tendencia radical, que a lo largo del siglo la forman afrancesados, románticos, liberales y positivistas, buscaban un nuevo orden y un grado de evolución más avanzado para sus países, pero escindidos de la masa popular de raigambre psicológica española, actitud que representa la primera gran ruptura que intenta producir la intelectualidad hispanoamericana en los ritmos y pulsaciones del pensamiento peninsular. Luego abraza el progreso indefinido en lo científico y exalta la capacidad creadora de Europa y los Estados Unidos, capacidad que los había conducido al industrialismo.

Deslumbrados por el poder económico de las grandes naciones, los modernistas criollos reaccionaron fuertemente contra la herencia española, desde el punto de vista filosófico y contra el esquema religioso del cristianismo. Se trataba de construir nuevas naciones emancipadas de lo que llamaban "oscurantismo colonial". Era la época en que se pretendía pasar del letargo colonial a una etapa de ritmo histórico precipitado, rompiendo con las permanencias estructurales que eran como las ataduras de los pueblos.

Esta actitud está inserta dentro del antihispanismo que sufre la propia España en Europa, y de los juicios

que los europeos, especialmente racionalistas franceses, venían emitiendo de cuando en cuando sobre Hispanoamérica desde el siglo anterior. Entonces, las Indias eran "un mundo empequeñecido y débil", de "sombras primitivas", "degenerado y monstruoso" (Buffon), infancia de la humanidad (Saint Pierre), o mundo incivilizado (Paw).

Se piensa, entonces, que la independencia política no basta para hacer libres a los hombres mientras permanezcan encadenados espiritualmente a esquemas de vida considerados anacrónicos. A mediados de siglo se debatía sobre la necesidad de una emancipación mental. Lastarria, por ejemplo, se mostraba como un anticonservador y antihispanista. Definía la época Indiana como "trescientos años de oscurantismo" y atacaba a la religión católica calificándola de "instrumento del despotismo". Veía a Hispanoamérica como la heredera de las debilidades y defectos del pueblo español, defectos que la hacían incompatible con la Modernidad. Predicaba que la libertad sólo se alcanza emancipándose de las ataduras que imponía el pasado, haciendo del pretérito tabla rasa y enfrentando el futuro con un espíritu nuevo. Al combatir el catolicismo, lo hacía porque siendo los conservadores los continuadores del régimen de la Colonia, el catolicismo era su soporte y amparo (2).

Bilbao, por su parte, veía a Hispanoamérica como la parte del mundo donde se enfrentan los modos de ser medieval y moderno. La mayor barrera contra la modernidad la veía en la Iglesia Católica a la que consideraba como el núcleo donde se atrinchera el medioevo.

Al concebir a Hispanoamérica como el campo de batalla entre el espíritu de la Edad Media encarnado por la Iglesia, y el espíritu Moderno encarnado por la idea de progreso, señala: "Este es el dualismo de Suramérica, dualismo que nos destruirá si no hacemos que prevalezca una

de las dos posiciones. O el catolicismo triunfa, y la monarquía y la teocracia se enseñorean en América, o el republicanismo triunfa, enseñoreando en la conciencia de todo hombre de razón y la religión de la ley".

El uruguayo Esteban Echeverría no hablaba un lenguaje diferente. Al referirse a la independencia política de los pueblos hispanoamericanos, decía: "El cuerpo se ha emancipado, pero su inteligencia no"... "Somos independientes, pero no somos todavía libres, los brazos de España no nos oprimen, pero sus tradiciones nos abruma" (3).

Las posturas antihispanistas se repiten durante todo el siglo XIX. Primero, como reacción política natural ante la caída del régimen Indiano, y luego como culpable de los males republicanos. Todo ello porque la vida hispánica era interpretada como contraria al progreso y como lastre que negaba la cultura moderna.

El rol que representaban los Estados Unidos, a fines del siglo XIX, hacía cavilar también a España. Azorín, Baroja y Maeztu -primer núcleo de la Generación del 98- hacen una revisión crítica del pasado, como consecuencia inmediata de la derrota española en Cuba. Por entonces los Estados Unidos deslumbraban por su naciente poder económico, resumiendo todos los signos de lo que se solía admitir como la superioridad anglosajona. Para Maeztu, el remedio de España e Hispanoamérica estaba en imbuirse del espíritu del mundo Moderno, espíritu que estaba representado por el trabajo. "Hay que ir -dice- por el trabajo y la inclinación en las artes y empresas de la vida moderna hacia otra España".

El ideal del Modernismo estaba así en abierta disputa con el espíritu heredado de España. Para muchos hispanoamericanos el futuro estaba simbolizado por la civilización que, en el lenguaje de Sarmiento, se escribía en

francés, estilo respirado y protegido por los refinados caballeros de Buenos Aires. El pasado, en cambio, estaba representado por el habitante anónimo del interior de América o la barbarie, el rostro rústico del jinete en su mundo rural llevando a cuestas la herencia española.

Por entonces, el mundo americano, vacío de población y con una geografía de enorme presencia, veía en la inmigración la posibilidad de que la historia comience verdaderamente. Pero ésta inmigración debía ser sajona por la supuesta superioridad de esa raza en el dominio de la naturaleza y su espíritu de progreso. Los países como Argentina, Uruguay, Brasil y Chile, estimularon la colonización de sus vastos espacios interiores, con el objeto de cambiarle el rostro a sus naciones y servir de ejemplo al criollo.

Alberdi consideraba que nada podría lograr hispanoamérica con sus españoles, mestizos e indios, si no abría sus puertas a la inmigración sajona. "Con tres millones de indígenas cristianos y católicos -dice- no realizaríais la república ciertamente. No la realizaríais tampoco con cuatro millones de españoles peninsulares, porque el español puro es incapaz de realizarla allá o acá. Si hemos de componer nuestra población para nuestro sistema de gobierno...es necesario fomentar en nuestro suelo la población anglosajona" (4).

2. Tendencia criollista

Estas actitudes liberales y europeístas, que abrieron las puertas al positivismo, sobre todo por su postura frente a la religión católica (5), fueron el germen de una reacción criollista que se fortalece a principios del siglo XX. Importante papel comienzan a desempeñar los nuevos contingentes de pensadores, muchos de ellos surgidos de los

sectores medios, que aprecian la realidad cultural hispanoamericana a través del prisma criollo. El proceso criollista, sin embargo, viene manifestándose desde el siglo anterior, en abierta disputa con los europeístas.

La marcha que los intelectuales de tendencia europeizante quisieron implantar hacia la Modernidad, renegando de las tradiciones y valores hispanos, condujo a los pueblos de ésta América a la imitación de instituciones, legislaciones, literatura, arte, ideas y formas de vida extrañas. Hizo vivir a muchos mirando hacia Europa y de espaldas al interior de sus pueblos, y a muchos, también, creerse más europeos que americanos del sur. Las exterioridades pretendían ocultar el alma hispana que, no obstante, continuaba expresándose bajo formas criollas en las vastas áreas provincianas del interior de América.

Pero los propios innovadores europeístas acabaron por sentirse ajenos, como hombres de destierro dentro de la realidad hispanoamericana y como "parias de la cultura Occidental, como dice Leopoldo Zea (6). Murena es gráfico cuando señala que en la medida que Hispanoamérica imite o quiera parecer europea, está condenada a llevar una "existencia mortecina" (7).

La tendencia europeísta provocaba en la propia Europa una subestimación de Hispanoamérica, por subdesarrollada en lo cultural, como en su economía, o valorada como una cultura ficticia o imitativa, de segunda mano o importada, en fin, una cultura inexistente. La búsqueda de una violenta europeización de América no logró que desapareciera el contraste entre estos pueblos jóvenes y las milenarias Francia e Inglaterra, porque europeizar significaba que los valores hispanos diesen paso a los valores franceses o anglosajones, lo cual era un imposible.

Los llamados conservadores entendían mejor la rea-

lidad. Compartían también la idea del progreso indefinido, pero la trayectoria hacia el futuro la concebían sin abandonar los valores culturales heredados. Algunos de ellos combatieron abiertamente el Liberalismo y las ideas extrañas y defendieron decididamente el catolicismo.

Bello, por ejemplo, testigo de los grandes debates de mediados del siglo XIX, defendió la "tesis de la continuidad". Postuló que las mismas cualidades de energía, sacrificio y resistencia con que los criollos habían llevado a cabo la independencia, eran cualidades hispanas, y que Hispanoamérica hallaría su propia senda hacia el futuro si continuaba alimentándose de la cultura que le había nutrido hasta entonces. Todo ésto -decía- otorgaba a nuestros pueblos un modo específico de andar en la Historia.

Opiniones como la de Bello hicieron pensar a muchos, sobre la esencia del alma hispanoamericana, y buscaron indagar más a fondo sobre su propio ser cultural. Hubo esfuerzos por definir la Cultura de la América Hispana y desarrollar una literatura y una filosofía propias. La definición era entendida como el punto de partida para la realización de lo que se anhelaba alcanzar.

El espíritu criollo es hispano y pretendía seguir siéndolo. Se rechaza, entonces, la postura europeísta por exterior y accesoría, inauténtica y falsa, que trataba de ocultar los auténticos y positivos valores de lo criollo (8).

Se postula, en cambio, tener fe en la cultura de raíz hispana, como lo hace José Hernández en Argentina, al defender al gaucho, la ganadería y el medio físico de la pampa. O como lo hace Guiraldes al cantar al gaucho y la naturaleza pampeana, expresando su sentimiento por la tierra, un culto y adoración por el paisaje (9). En realidad, lo que se quiere decir es que el criollismo

es la unión de la cultura o formas de expresión, con la naturaleza americana. Se exalta la pertenencia al lugar, como si las cualidades de una raza fueran inseparables del medio geográfico.

Estas cualidades, de herencia hispana, se oponen a la "gringada" y a los valores que comienzan a difundir las naciones que, a comienzos del siglo XX, son los nuevos ejemplos para el mundo hispanoamericano. Maeztu, al hablar de los pueblos hispanos y de su proyección hacia el progreso, cree deben hacerlo por un camino que no implique el abandono de los valores propios, en especial el catolicismo. Ve en la tradición la esencia de lo hispano, pero advierte también, que esa tradición está amenazada por dos nuevas patrias ideales, como son los Estados Unidos y Rusia. "He aquí -dice- dos grandes señuelos actuales. Para las masas populares, los inmigrantes pobres y la gente de color, la revolución rusa; para los políticos y clases directoras, los empréstitos norteamericanos. De una parte el culto a la revolución; de otra, la adoración a los rascacielos, y es verdad que los Estados Unidos y Rusia son, por lo general, incompatibles, y que su influencia se cancela mutuamente. Rusia es la supresión de los valores espirituales, por la reducción del alma individual al hombre colectivo; los Estados Unidos, su monopolio por una raza que se supone privilegiada y superior. Rusia es la abolición de todos los imperios, salvo el de los revolucionarios; los Estados Unidos al contrario, son el imperio económico a distancia" (10).

Consciente de los peligros que encierra la admiración por lo extranjero en los pueblos jóvenes, Maeztu recomienda anteponer a toda búsqueda la conciencia del ser de la familia hispana, valorar la unidad de origen y buscar el futuro teniendo en cuenta que siendo fieles a un pasado común, se logrará la unidad de destino, sin abandonar las

peculiaridades nacionales. Esto no se podrá conseguir -dice- "si no son al mismo tiempo más hispánicos, porque la Argentina y Chile y Cuba, son sus tierras, pero la Hispanidad es común espíritu, al mismo tiempo que la condición de su éxito en el mundo" (11).

La reacción criollista a la extranjerización se manifiesta también, en los ataques al utilitarismo y positivismo estadounidenses, por inadecuado a la mentalidad hispanoamericana, y como respuesta a los juicios peyorativos que articulistas norteamericanos habían emitido sobre los "latinos", a principios del siglo anterior (Jared Spark, Alexander Hill Everett, Eduardo Everett y otros) (12), en circunstancias -como diría Martí- que más había hecho Hispanoamérica en subir donde estaban "que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo tal vez en lo esencial, de la maravilla de donde vinieron".

Si el antihispanismo caracteriza al siglo anterior, el antinorteamericanismo es la característica del sentir criollo del siglo XX. Muchos de nuestros intelectuales suelen llamar la atención sobre el intento de los "utilitaristas norteamericanos" de desnaturalizar el carácter de los pueblos y atrofiar la originalidad del espíritu. Bello ya había advertido sobre el peligro que encierra el efecto demostración, cuando dice: "Cada pueblo tiene su fisonomía, sus aptitudes, su modo de andar; cada pueblo está destinado a pasar con más o menos celeridad por ciertas fases sociales; y por grande y benéfica que sea la influencia de unos pueblos en otros, jamás será posible que ninguno de ellos borre su tipo peculiar y adopte un tipo extranjero, y decimos mas, no será conveniente, aunque fuese posible" (13). Y es que quienes defienden el modo de ser hispano que lleva el criollo, postulan el cuidado y conservación de la independencia interior frente a las tendencias enajenantes, como una manera de respetarse a

si mismos. La herencia recibida no se guarda, sino se esgrime para elaborar con ella nuevas creaciones.

3. Tendencia americanista

El americanismo es una noción más amplia que el criollismo, porque pone el acento en una totalidad que se ha llamado "existencia mestiza". Es una categoría mental que involucra la participación -acuñada en los valores hispanos- de todas las manifestaciones culturales que hace posible la originalidad de la Cultura Hispanoamericana.

Es la conciencia de lo autóctono, de un estilo diferente o manera propia de ser occidental. Está marcado no ya los valores hispanos exclusivamente -que no obstante, siguen siendo esenciales del ser cultural hispanoamericano-, sino dando cabida a formas de expresión cada vez más representativas de los grandes sectores étnico-culturales rurales y urbanos, hasta ahora de escasa significación en el escenario intelectual. Esto -que encierra una enorme cantidad de matices- ha permitido a algunos, hablar de la "americanidad de América(14), para emanciparla de esa suerte de occidentalidad que determina una inclusión a nivel secundario, proyección o manifestación periférica de la Cultura Occidental. En éste sentido, el americanismo es una postura de independencia frente al europocentrismo director. Castillo Farreras, por ejemplo, dice que Hispanoamérica -que siempre se ha entendido como Occidental- no ha sido, sin embargo, una cultura creada por Occidente, sino por nosotros mismos. Por lo tanto no se trata de Cultura Occidental, "porque siendo americanos no podíamos hacer otra cultura que no sea americana" (15).

Sin llegar al extremo de Castillo Farreras, Hispanoamérica ha comenzado a ser valorada como "la semilla

del mundo superior" o esperanza para la Humanidad. Se ha subrayado el idealismo, la delicadeza, la noble inspiración en el pensamiento, buen gusto por el arte, en fin, su cultura estética. Gilberto Freyre ha llamado la atención sobre éste mundo rico en exterioridades, por obra del catolicismo, que da cabida a la noción de "tiempo santo", lo que permite advertir que históricamente el hispanoamericano ha demostrado una capacidad extraordinaria activa para llenar festiva, folklórica y estéticamente el tiempo libre. Esto último es observado hoy con interés por los pueblos superindustrializados que no han tenido una actitud similar para con su tiempo de descanso (16).

La conciencia de lo hispanoamericano es creciente. Los modernos medios de difusión han ayudado considerablemente a un mayor conocimiento de los pueblos americanos entre si, aquilatándose mejor ahora que antes, las diferencias que nos separan, pero también, las similitudes que nos unen. Por otra parte, América hispanohablante ha pasado de una etapa de puertas abiertas a la inmigración extranjera, a otra de puertas abiertas al conocimiento del mundo, y ésto ha hecho posible que el cada vez mayor flujo de hispanoamericanos que visitan los Estados Unidos, Europa y el mundo, esté apreciando mejor -por comparación- nuestra propia manera de actuar y de pensar.

De la preocupación por la esencia de lo hispanoamericano -más fuerte quizá desde mediados del siglo, cuando el juicio de Papini sacudió los espíritus- surgen más sólidas posiciones, aunque los criterios siguen siendo antagónicos. Las reflexiones van desde que somos occidentales en estricto sentido, hasta la negación de la occidentalidad, como hemos visto, para reforzar así la idea de una americanidad y participar con un lenguaje original dentro del contexto universal.

No obstante la indudable existencia de Hispanoamé-

rica como realidad cultural, la variedad de esa cultura, o por mejor decir, sus muchas formas de expresión, ha permitido hablar de varios rostros que, a grosso modo, corresponden a las áreas blancas, mestizas, indias y negras. Algunos han sintetizado la variedad en dos franjas verticales que dividen a América: la Atlántica, de nítido perfil europeo, y la Andina que representa al mundo mestizo-indio (17), y aún se ha incluido una tercera franja central, donde es posible esté germinando lo más genuinamente americano. Otros en cambio, tienen tendencia a generalizar a partir de una determinada realidad. Murena, por ejemplo, no dejaba de estar convencido que la realidad argentina -superando lo que a su juicio es la superficial capa de los detalles- debía encerrar elementos válidos para toda Hispanoamérica. En fin, otros han puesto énfasis en destacar la naturaleza física americana como la gran modeladora de razas y culturas que se han dado cita en esta parte del mundo.

Una de las barreras más importantes que está impidiendo la idea de una totalidad hispanoamericana, es la denominación que permita incorporar todos elementos de que está hecha nuestra cultura. Los conceptos Latinoamérica, Iberoamérica, Indoamérica, Eurindia, Hispanoamérica, se refieren a una misma realidad, pero éstos conceptos siguen demostrando que, aunque la América nuestra existe, lo esencial de su cultura dista todavía de ser compartido. De ahí la gran variedad de corrientes de interpretación (18).

En el proceso de descubrimiento de lo americano, es preciso señalar el importante papel que le cabe a los pensadores españoles de esa "España peregrina", con la creación de editoriales, colecciones, cátedras y seminarios sobre cultura española e hispanoamericana. La obra de Gaos, por ejemplo, ha tenido seguidores en sus discípulos O'Gorman y Zea.

Hay mayor conciencia de lo americano, pero queda por delante mucho por hacer. Esta conciencia todavía no se encuadra en políticas que concilien la realidad con proyectos, como son los planes educativos. Felipe Herrera señala que el propio sistema educativo está todavía influido por modelos externos, con profusión de reformas educacionales inspiradas en las respuestas que dan los países desarrollados. Esto, naturalmente, contribuye a debilitar el conocimiento y vivencia de nuestros propios valores. Por otra parte, la política de becas para realizar estudios en el extranjero -dice Herrera- es a la postre el punto de partida para la "fuga de cerebros", porque los nuevos profesionales, al regresar al país, consideran su entorno como una mala copia de sociedad más avanzadas, y terminan por volver a los países donde alcanzaron la especialización, porque esos especialistas forman parte ya, de una realidad cultural externa (19).

Afortunadamente, estudiosos de las más diversas disciplinas están, hoy día, jugando un importante papel en descubrir y poner en valor los rasgos, tendencias, actitudes y motivaciones del hispanoamericano en general, de las peculiaridades nacionales y de las distintas comunidades indias. Los estudios del folklore, costumbres, creencias, mitos supersticiones, así como los estudios de mentalidades, tienden a dar una visión más completa de la rica y compleja realidad hispanoamericana, no sólo en las esferas del pensar abstracto, sino en la cultura corriente de nuestros pueblos.

Pero ésto mismo ha abierto una importante veta en el conocimiento de la riqueza de matices que tienen las culturas nacionales dentro del contexto hispanoamericano. Los trabajos han sido especialmente fructíferos en el deslinde de las culturas, sobre todo mediante el conocimiento de los aportes indios, así como en los ensayos sobre la

relación del hombre con su medio físico, las características del mestizaje y el rol que juegan las colonias de inmigrantes en cada una de las naciones de Hispanoamérica.

Una última e importante contribución se observa en los estudios regionales y locales, dentro de las culturas nacionales. En el caso de Chile, la destacada labor de folkloristas, recopiladores de expresiones musicales, artesanías, así como los trabajos realizados por los historiadores del arte y arquitectos, antropólogos e historiadores de las mentalidades, han descubierto un rico mundo provinciano con personalidad y colorido, como es el mundo del hombre anónimo. Esto ha contribuido o está contribuyendo a apreciar, valorar y respetar la cultura popular, espontánea y rústica de las grandes masas hispanoamericanas y con ello despertando o madurando esa idea de americanidad.

No en vano se ha considerado la Cultura Chilena como tema de discusión en las "Jornadas Nacionales de Cultura", jornadas que permiten que se den cita investigadores y docentes de las más variadas disciplinas con el fin de descubrir el perfil nacional dentro de Hispanoamérica. Ultimamente la Universidad de Tarapacá ha sido el escenario de una interesante discusión sobre la Cultura chilena, desde una perspectiva regional.

Sin embargo, la conciencia de una americanidad, en el sentido que hemos señalado, no está todavía madura. Es necesario incluir en la educación Básica, Media y Universitaria, mayor espacio al tema de la cultura hispanoamericana y cultura nacional.

NOTAS

- (1) Chevalier, Francois: "América Latina desde la Independencia hasta nuestros días".
- (2) Al referirse a Chile, decía: "El pueblo de Chile, bajo la influencia del sistema administrativo colonial estaba profundamente envilecido, reducido a una completa anonadación y sin poseer una sólo virtud social, a lo menos ostensiblemente, porque sus instituciones políticas estaban calculadas para formar esclavos". Cruz, Pedro: "Bilbao y Lascarría". Ed. Difusión Chilena. S.A. Santiago, 1944 pp. 114.
- (3) Clissold, Stephen: "Perfil cultural de Latinoamérica". Ed. Calabria. S.A. Barcelona, 1967, pp. 71.
- (4) Sarmiento compara la vida criolla con la del inmigrante europeo en Argentina y nos ofrece la siguiente imagen: "Da compasión y vergüenza en la república Argentina comparar la colonia alemana o escocesa del sur de Buenos Aires y la villa que se forma en el interior. En la primera, las casitas son pintadas, el frente de la casa siempre aseado, adornado de flores y arbustillos graciosos; el amueblado sencillo pero completo, la vajilla de cobre o estaño reluciente siempre, la csa con cortinillas graciosas, y los habitantes en un movimiento y acción continuos, ordenando vacas, fabricando manteca y quesos, han logrado algunas familias hacer fortunas colosales..." "la villa nacional es el reverso indigno de ésta medalla; niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo en la más completa inacción, el desaseo y la pobreza por todas partes, una mesita y petacas por todo amueblado, ranchos miserables por habitación y un aspecto general de barbarie y de incuria los hacen notables". Sarmiento, Domingo Faustino: "Facundo". Ed. Selectas S.R.L. Buenos Aires, 1965, pp. 23-24.
- (5) Chevalier, Francois. Ob. cit. pp.

- (6) "Los europeístas u occidentalistas -dice Zea- que perfilaron la Cultura Latinoamericana del siglo XIX y principios del siglo XX, a fuerza de sentirse partes del modelo a realizar, a fuerza de querer ser europeos, acabaron por sentirse no sólo desterrados de la Cultura europea u Occidental, sino parias de la cultura. Ya no formaban parte de la realidad propia de América, pero tampoco de la realidad que en vano querían convertir en propia. No eran ni americanos ni europeos, lo primero no querían seguir siéndolo, lo segundo no podían serlo. Se transformaron en hombres a la expectativa de un futuro desligado de todo pasado, en un presente que era pura expectativa". Zea, Leopoldo: "América Latina y el mundo". Eudeba. Buenos Aires, 1965. pp. 8
- (7) Murena, H.A. "El pecado original de América". Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1965. pp. 11
- (8) Chávez, Fermín: "Civilización y barbarie en la cultura argentina". Estudios Americanos. N° 49, pp. 416-417.
- (9) Collantes de Terán, Juan: "En torno al simbolismo en 'Don Segundo Sombra'". Estudios Americanos. N° 64-65.
- (10) Lago Carvallo, Antonio: "Actitudes españolas ante el tema de América". Publicaciones UCV. Imprenta y Litografía Universo. Valparaíso. 1964. pp. 19
- (11) Ibidem.
- (12) Hanke, Lewis: "¿Tienen las américas una Historia común?". Separata Anuario del Instituto de Antropología e Historia T.I., 1964. Caracas, Venezuela. pp. 385-386.
- (13) Silva Castro, Raúl: "Antología de Andrés Bello". Ed. Zig-Zag. Santiago, 1965.
- (14) Castillo Farreras, Juan: "Americanidad de América". Rev. "Comunidades" N° 4, 1967.

- (17) Guill Blanes, Francisco: "Síntesis hispanoamericana". Véase sobre el tema la obra de Rodolfo Grossman: "Dos ensayos sobre Latinoamérica".
- (18) Ycaza Tigerino, Julio: "Perfil político y cultural de Hispanoamérica". Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1971.
- (19) Herrera, Felipe: "El escenario latinoamericano y el desafío cultural". Ed. Galdoc. Santiago, 1981.